



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 9.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Marzo 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Madrid. Seis meses.	52	Provincias. Seis meses.	74
Un año.	120	Un año.	144

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2 —Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	21 rs.
Madrid. Seis meses.	20	Provincias. Seis meses.	46
Un año.	72	Un año.	84

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmona, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 51; Gujarro, Preciados, 7; Noya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P.º del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Mateo, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Comercio de L. M. DA., calle del Carmen, 21, 4.º; en Valencí, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En Paris Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Talbott.

SUMARIO.

El Rastro de Madrid, por Ventura Ruiz Aguilera.—*La mancha del bisturi*, por Abdon de Paz.—*A la flor de un día*, (poesía), por Emilia Calé y Torres de V. uintero.—*Cantares*, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Cuentos de Salon*, por Felicia.—*El templo de Diana en Mérida*, por la Condesa de Araceli.—*Bibliografía*, por el Dr. Lopez de la Vega.—*La Abadía*, por Micaela de Silva.—*Explicacion del figurin*.—**VARIETADES.**—*Sueltos.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*
GRABADOS.—El Rastro.—El Templo de Diana en Mérida.—Jacob luchando con el ángel.—Sometidos á la vigilancia maternal.—Tolerancia completa.

su tibio y perfumado aliento sobre este punto de Madrid que me habian pintado con negros y tristísimos colores. El Rastro, plazoleta irregular, comprendida entre las calles de los Estudios de San Isidro, Maldonadas, Embajadores, Ruda y Ribera de Curtidores (que en realidad tambien forman parte de él, y especialmente la última), apareció á mis ojos como el mercado más alegre, más bullicioso y más concurrido de la coronada villa, disipando

muerte, y opinaba que, para aviso y escarmiento de las gentes, debia ponerse á su entrada la terrible inscripcion de la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*. Pregunté á un hombre de negocios, y me respondió que era *la Bolsa de la miseria*. Un médico lo comparaba á *un cáncer* y las calles adyacentes á otras tantas raíces del mismo tumor, las cuales,



EL RASTRO DE MADRID.

EL RASTRO DE MADRID.

La primera vez que vine yo al Rastro (y digo *vine* porque actualmente somos vecinos y ya nos conocemos bastante) era una hermosa mañana de Abril, en la que el cielo risueño, azul y trasparente parecia que derramaba todos los esplendores de su luz, y el aire del campo (que al lejos distinguia como una alfombra de verdura) todo

las nubes que habia levantado en mi cerebro la relacion de lo que debia presenciar en este sitio. Un amigo, algo misántropo, me habia asegurado que el Rastro era una especie de cementerio, en cuyos nichos venian á depositarse tarde ó temprano los últimos restos del lujo y de la miseria cortesana. Segun las frases hiperbólicas de otro, poeta por más señas, que acababa de leer el Dante, era la *antesala de la*

ramificándose imperceptiblemente y hasta el infinito, penetraban con diversos nombres en el corazon de la capital. Un filósofo pesimista lo definia de la manera siguiente: "El Rastro es el Madrid verdadero, el Madrid desnudo, el Madrid que, arrojando la careta que le cubre y despojado del traje del Carnaval cotidiano, va á sentarse pensativo, solitario y angustiado allí, en aquel muladar hediondo, como un leproso, enseñando al cielo las llagas

profundas que le corroen, semilleros inagotables de gusanos. Y en seguida me recitó estos versos del libro de Job: (1).

Aun mi propia mujer huyó mi aliento
con asco, y mis brazos, y rogada
no quiso en su regazo darme asiento.

Los que ántes eran del secreto mio
abominan de mí; y estos preciados
amigos, me maltratan con desvío.

Mis huesos al pellejo están pegados,
y ya de consumido, brotan fuera
los dientes sobre el cuero señalados.

¡El Rastro! Desde mi llegada á Madrid estaba zumbando en mis oídos esa palabra fatídica, lúgubre, pavorosa, que, á mi juicio, compendia todos los desastres, todos los engaños, todos los dolores, todas las agonías supremas, conocidas ó ignoradas, de la vieja metrópoli de dos mundos.

Yo veía levantarse de la noche á la mañana teatros y estatuas, palacios y fuentes, jardines y paseos; construirse calles enteras; abrirse al comercio, á la industria y á las artes magníficos establecimientos, y pensaba con asombro:—¿Es posible que cuando todo en la corte se renueva ó varía, solamente el Rastro conserve la fisonomía peculiar característica con que le conocieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Estará ahí el Rastro como un consejo saludable y elocuente, como una amenaza sombría, como un faro salvador, ó como una de esas cruces negras que vemos á orillas de los caminos, en memoria de crímenes atroces, para que recemos un *Padre Nuestro* por las víctimas y huyamos presurosos del lugar de la catástrofe?

El espectáculo que yo presenciaba contradecía semejantes ideas.

Una plazuela abundantemente surtida de los artículos más necesarios á la vida; carnes de vaca, de cerdo y de ternera, caza, pescados, legumbres y frutas; una mesa donde se despachaba café; otra donde vendían leche; una multitud que se codeaba, pisaba y estrujaba, porque no había en tan estrecho espacio; señoras, aunque pocas; criadas muchas; aguadores y asistentes de tropa; desocupados y curiosos de ámbos sexos; puestos humildes, pero limpios, de loza basta, cristalera, pañuelos, calcetines de algodón, medias de lana y otras menudencias del comercio ordinario; alguna rabanera; tal cual muchacha con olorosos ramilletes de rosas, dalias, albahaca, yerba luisa y clavos...

He ahí, en globo, el Rastro, según se me ofreció al primer golpe de vista, causándome una sorpresa tanto más agradable, cuanto que, fuera de algunas exclamaciones groseras ó agudezas desvergonzadas, oí diálogos que revelaban el gracejo natural de los hijos de Madrid, pintado con singular maestría por el valiente pincel del Goya de nuestra literatura, el ingenioso D. Ramon de la Cruz, en sus populares *sainetes*.

—Soy nuevo en la corte (me dije), y mis amigos pretenden divertirse á mi costa: el Rastro de que me han hablado es un ente que no existe, un fantasma imaginario, un espectro abortado por el delirio, un mito medroso, en el cual, escritores visionarios, extraviados por una aberración mental lastimosa, ó idólatras ciegos de tradiciones sin origen cierto, han querido, no sé por qué razón, ni con qué fundamento, personificar el trágico fin de todas las grandezas y de todos los placeres.

El sol, en tanto que yo así discurría, continuaba derramando su luz, que acaso un poeta pobre hubiera llamado lluvia de oro, por aquello de: soñaba el ciego que veía: de vez en cuando algunos pajarillos revoloteando sin dirección fija, se posaban en los aleros de los tejados ó en los hierros de los balcones adornados con tiestos llenos de enredaderas y flores, y saludaban con tiernos píos la venida de la primavera; por otra parte, el alegre vocerío del mercado hubiera sido suficiente para disipar las melancolías del hombre más tétrico del mundo.

Ya iba yo á calificar de calumniadores al misántropo, al poeta, al médico, al hombre de negocios y al filósofo, cuando hete aquí que, abriéndose paso por entre la apiñada concurrencia, atravesó el Rastro, entre cuatro soldados y un cabo, una docena de mozos (de niños, más bien), lugareños, unos en mangas de camisa y con pañuelo á la valenciana en la cabeza, otros con chaquetilla, faja y calañés adornado de lazos y escarapelas de seda; pero todos cabizbajos, silenciosos, tristes, como si los llevaran al suplicio, los cuales habían caído quintos en el último sorteo. Venían de la calle de Embajadores, y al entrar en la de las Maldonadas, un mocetón alto y musculoso como un Hércules, que cerca de mí estaba, les dijo lanzando una risotada:

—Mira que alegres ván! ¡Animo, hijos míos, que ya poco os falta para tomar la licencia!

Este sarcasmo brutal me recordó los funestos precedentes del sitio en que me hallaba, y después de una serie de racionios incoherentes, confusos, tumultuosos, mi imaginación, impulsada por una fuerza desconocida é irresistible, me trasportó al seno de las familias de aquellos infelices, y ví madres sin hijos, hermanos sin hermanos, padres sin apoyo, hogares fríos y abandonados, campos estériles, amores sin consuelo, y oí suspiros, sollozos y lamentos, y oraciones que no sosegaban el mar de lágrimas que vertían tantos desventurados.

Una jóven, bien parecida, que estaba dando el pecho á un niño, oyendo la exclamación estúpida del jayán, dijo:

—Calla esa boca! ¡Anda, malas entrañas, que no tienes corazón!

E inclinando su rubia cabeza, comenzó á besar á la criatura que estrechaba en sus brazos, añadiendo con reconcentrada amargura:

—¡Y para eso damos á nuestros hijos la sangre de nuestras venas!

Desde este instante la escena varió á mis ojos. Miré á la derecha, y ví á una muger andrajosa, trémula, encorvada que, semejante á una vid seca, llevaba colgados de sus hombros, columpiándose bruscamente, dos racimos de botas y zapatos de cabra, de becerro, de charol, de paño, de raso y de satén; pero rotos, sucios, remendados, faltos de tacones, ó de cañas, ó de suelas. Cubría la cabeza de la siniestra aparición un calañés nuevo, *al parecer* (porque en el Rastro, como en literatura, nada puede asegurarse que sea nuevo), y encajado encima de él, siguiendo un órden gerárquico riguroso, un sombrero de copa alta, sin alas, con varios hundimientos, pelado á trechos y de color indefinible. Por último, una capota de raso y hechura antigua, con flores de tela, arrugadas y descoloridas, en las carrilleras, y pendientes de un brazo delgado y tendinoso, un par de vestidos de seda en buen uso, completaban aquella prenda ambulante y acaso todo el capital de su dueño.

—Cabayerito, cabayerito (me dijo, levantando un poco el brazo), cómpreme usted pa su novia este par de alhajas, y hará una obra de caridad. No se figure usted que son por *hai* de alguna de poco más ó menos. Pobrecilla! ¡Era una muchacha como un sol! Un tunante (lástima de garrote!), me la sacó engañada de su casa, la mercó estas prendas pa la boda, y después el arrastrao... ¡que si quieres! Orozco, no te conozco. La chica, ya se vé, se arrecogió otra vez en casa de los suyos como una oveja descarriada, y se fué poniendo lo mismo que la cera, y tan encanijada como una lambrija. Si hoy no hago dinero (añadió verdaderamente conmovida), su madre no podrá mandar que recen mañana un responso por el alma de la niña, porque está en sus últimos, acabándose como un pajarito.

¡Aquellas galas de boda iban á servir tal vez para comprar una mortaja! Habían ido á parar al Rastro, y la voz del poeta resonaba en mis oídos: *Lasciate ogni speranza*.

No quise preguntar, ni oír más historia. Ni para qué? No veía escrita con caracteres horribles, en todo lo que me rodeaba, la epopeya del dolor y de la miseria, á derecha é izquierda, delante y detrás de mí, en el suelo y en los cajones, en tenduchos, en covachas tenebrosas y desmanteladas, y hasta en la fisonomía de muchos de los que traficaban en el Rastro?

Obras científicas descabaladas, pastas sin libros, jaulas sin pájaros, tinajas sin fondo, botellas sin cuello, guitarras sin voz ni cuerdas y llenas de pegotes de lienzo y papel, mesas cojas, sillones mancos, quinqués, lámparas, velones y candiles sin luz, braseros sin fuego, platos resquebrajados y cacharros de fuentes, cazuelas, pucheros y barreños, vidrios empañados y rotos, chimeneas inservibles, sartas de botones de metal descascarillados, hileras de zapatos curcúsidos groseramente, grasiéntos, sin lustre, nauseabundos, correajes y monturas podridas, medios tapones de corcho, pedazos de clavos, ristras de tiras de paño, lavadas y cepilladas, y retazos de telas, cuyos colores habían recobrado cierta vida enfermiza, merced al jabón, colchones fofos y gergones raidos, amarillentos, que quizás habrían pasado allí desde los hospitales y los cementerios, sables como sierras, sierras desdentadas y dientes de sierras, espadines romos, pistolas y cachorrillos desarmados, llaves sin guardas, campanillas cascadas, escribanías agujereadas, cascabeles mudos y otra infinidad de objetos de bronce, de acero, de hierro, de estaño, de latón, pero todo viejo, todo inútil al parecer, amontonado, lleno de hendiduras, confuso, repulsivo, tomado de orín, repugnante, hendido, mutilado.

Medio aturdido y necesitando respirar otro aire más puro, volvíme á casa, con ánimo, sin embargo, de proseguir por la tarde mis observaciones, pues podría verificarlo más á mis anchas.

La hora de la tarde, que fué la del crepúsculo, elegida

para mi intento, daba una solemnidad misteriosa á aquella escena de aniquilamiento. A lo lejos, hacía la parte de Poniente, los postreros rayos del sol arrebolaban con los colores del iris las nubes que, á manera de islas flotantes, se mecían sobre el horizonte; pero el cielo del Rastro era oscuro, pesado, informe, y envolvía en su manto de sombras el teatro de mis meditaciones. El olor era de cementerio.

Cada uno de los objetos anteriormente mencionados, me hablaba con una elocuencia tremenda, fascinadora.

Poseído de un vértigo supersticioso, parecíame que en el fondo de aquellos casuchos, que en las entrañas de aquel mundo muerto, todos los objetos gesticulaban y se reían, andaban y gemían, murmuraban y gritaban, lanzando alternativamente ayes, blasfemias, suspiros, gemidos, carcajadas y oraciones, y que cada cual me iba diciendo su historia en palabras concisas y aterradoras.

Yo (decía una chupa bordada con seda de colores), de un palacio pasé con mi dueño á una bohordilla, de la bohordilla á una prendería, de la prendería aquí.

—Yo (respondía una sábana) he servido varias veces de mortaja.

—Yo soy despojo del orgullo.

—Yo de una bancarota.

—A mí me trajo un ladrón.

—A mí una prostituta inválida.

—A mí el juego.

—A mí el hambre.

—A mí el cólera morbo.

—A mí la muerte.

Fuéronse cerrando los cajones y las covachas, y desaparecieron los puestos del suelo á medida que la sombra aumentaba; las campanas plañían el toque de oraciones, y los murciélagos aleteaban en aquel desierto, que se iba quedando cada vez más solitario. El único ruido que yo percibía era el ocasionado por la monótona caída del agua de una fuente miserable, en su mayor parte de ladrillo, y sin más que un caño, situada en la Ribera de Curtidores, frente á la calle de las Amazonas, que adquiriendo nueva forma al fantástico resplandor de la luna, que ya asomaba, parecía el ángel del dolor llorando sobre una urna.

Amargamente conmovido, me retiré con lentitud hácia el centro de la población, esperando que el bullicio, la alegría, el movimiento, la vida, en fin, que siempre reina en las principales calles, ahuyentarian los negros fantasmas que poblaban mi imaginación. En vano! Estaba de Dios que no había de descansar aquella noche. Una voz secreta me gritaba:

Al pasar cerca de un hospital: *Los hospitales son el Rastro de la salud*.

Al pararme junto á un teatro: *Los teatros son el Rastro de la literatura dramática*.

Al acercarme á un cuartel: *Los cuarteles son el Rastro de las esperanzas más santas y más queridas*.

Al oír á un beodo: *Las tabernas y las fondas son el Rastro de la temperancia*.

No lejos de un edificio del Estado: *la ambición es el Rastro de la moralidad*.

Al recorrer la Carrera de San Jerónimo y otras calles inmediatas: estas son *el Rastro del pudor*.

Al tomar en el Suizo un periódico: *la política es el Rastro de las virtudes cívicas*.

Al leer en él la cotización del día: *La Bolsa es el Rastro de la buena fé y del crédito*.

Reflexionando en el momento que escribo estas líneas que mi mala ventura me ha ido empujando del centro de Madrid á la calle en que ahora vivo, no puedo menos de pensar también en el destino futuro de mis ilusiones más bellas, exclamando:

—La posteridad vendrá mañana como una trapería á la puerta de mi casa, y escarbando y revolviendo con gancho seguro los montones con que tropiece, encontrará en ellos mis pobres borradores, harapos de gloria soñada, que tantas vigiliás y tantas privaciones y tantas lágrimas me han costado, y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felicidad y de la desgracia.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA MANCHA DEL BISTURÍ.

I.

Filosofando iba Tomás cierta tarde acerca de celebrar el día de Año Nuevo en el Europeo ó en el Cisne, cuando de manos á boca se le apareció la persona de su amigo Marino Golza en la Corredera Baja de S. Pablo.

Marino Golza, recién salido de las aulas de S. Carlos,

(1) Trad. por Fr. Luis de Leon.

era uno de los mejores facultativos de Madrid. Su carácter bondadoso se complacía en enjugar las lágrimas del necesitado; y su talento, reflejado al través de una mirada penetrante, inspiraba confianza completa al espíritu del enfermo. Retirado á un modesto cuarto segundo de la calle de Santa Bárbara, Marino vivía la vida de un anacoreta, acompañado únicamente de sus libros y de doña Basilisa, mujer entrada en años, solterona, alta, delgada, enjuta, limpia como la iglesia de una aldea en el día de su patrono, y tan instruida en el difícil arte culinario, que bien hubiera podido servir para condimentar al celeste emperador de la China su célebre plato de sesos de canario.

—Cómo tan cabizbajo? interrogó el Hipócrates á su amigo.

—Si he de decirte la verdad, iba pensando en el plan de una batalla culinaria.

—Precisamente para dar una y buena me dirigía en tu busca. ¿Qué dirías si te manifestase que nos está esperando en casa un pavo trufado, cuyo olor volvería loco á Botín, con acompañamiento de un Jerez y un Champagne capaces de resucitar á Matusalen en persona?

—Sublime! cada vez me voy convenciendo más de tu ciencia.

Y esto dicho, Marino y Tomás se encaminaron hácia arriba, en dirección á la morada del primero.

II.

Tomás siguió á Golza hasta su gabinete, y, en tanto que doña Basilisa les avisaba de hallarse dispuesta la comida, ambos se sentaron al amor de la chimenea.

—Cuándo te casas?

—En seguida que halle una mujer como yo deseo, respondió Tomás arrimando al fuego un trozo de leña.

—Me parece que te sucederá lo que á Bertoldo con el árbol, de cuyas ramas había de ser ahorcado.

—No tanto; aunque delicado en el asunto, espero que he de hallar lo que busco. Y tú?

—Yo no me casaré jamás.

—Eres enemigo del matrimonio? ¿Aborreces á las mujeres?

—Ni una cosa, ni otra.

—Entonces dirás lo que cierto asturiano:—No quiero casarme, porque si es buena la mujer téngola que perder, si mala que aguantar, si pobre que mantener, si rica que sufrir, si fea que aborrecer, y si hermosa que guardar.

—Tampoco.

—A no explicarte no te comprendo.

Levantóse Marino, y dirigiéndose á un bonito estante de caoba, en el que se hallaban colocados multitud de instrumentos quirúrgicos, alcanzó de uno de sus tramos una elegante cajita de marfil.

—Qué ves en esta caja? interrogó á Tomás abriéndola.

—Un bisturí.

—Y en la hoja del bisturí qué observas?

—Una mancha.

—Hé ahí explicada la causa de la resolución que acabo de revelarte.

—¿Qué tiene que ver la mancha del bisturí con que te cases ó nó?

—Para descifrarte ese misterio, habré de referirte una historia, siquiera me afecte su relato.

—Me tienes dispuesto á escucharte.

III.

Marino volvió á levantarse, dejó en su sitio la cajita y, arrellanándose de nuevo en la butaca, comenzó del modo que sigue:

—Ya sabrás que soy hijo de una familia pobre de Castilla la Vieja, y que tenía un tío que era uno de los primeros capitales de aquella comarca. Pues bien: mi tío Pascual, al ver las felices disposiciones que comencé á mostrar desde niño, no consintió que mis padres me dedicaran á las faenas del campo, y espléndido en demasía se ofreció á costearme la carrera á que me sintiese inclinado. Mi tío era un caballero anciano, viudo, chapado á la antigua, virtuoso como un Zenon, con un capital que pasaba de tres millones y sin otros seres queridos que una hija, Satura, y un sobrino, yo, á quien consideraba como si me hubiese dado la existencia. Indudablemente mi tío alimentó desde los primeros momentos la idea de un enlace entre su hija y su sobrino.—Terminados en Avila mis estudios de segunda enseñanza, me trasladé á la corte para seguir los de medicina con una pensión de sesenta duros mensuales, destinados á pagar hospedaje, matrículas, comprar los libros necesarios y vestirme. Aunque la cantidad no era excesiva, como no conocía vicio alguno tenía lo suficiente para seguir con desahogo la carrera; á la cual me dediqué con tal entusiasmo, que en los tres primeros cursos obtuve la nota de *sobresaliente*, con el gozo que es de suponer en mi padre y particularmente en mi tío, que lloraba de regocijo cada vez que repasaba al tra-

vés de sus enormes anteojos las certificaciones de mis sorprendentes adelantos.—Hasta aquella fecha ningún contratiempo me había acontecido capaz de empañar el cielo de mis venturosas ilusiones; pero al comenzar el curso cuarto murió mi patrona, viuda de un antiguo oficial del ejército, y su muerte vino á ser también la de mi dicha.

—¿Acaso estabas en relaciones con aquella benemérita señora?

—Lo estaba con su hija, con Elvia, que me traía loco, frenético, hechizado. ¿Y á quién no hechiza una mujer de diez y seis años, de talle esbelto y ojos garzos, encantadora como una rosa de Alejandría?

—Tu historia me va interesando.

—Elvia, muerta su madre, no supo qué hacerse. Joven, sola y hermosa hubiérase expuesto demasiado continuando al frente de una casa de huéspedes. Descubrió el peligro, y ella, que sólo anhelaba complacerme, accedió gustosa á mi plan, ó, lo que es lo mismo, á vender los muebles de su madre para con su producto, pagadas deudas, retirarse á un humilde sotabanco de la calle de los Leones, al lado de una amiga de su confianza, en cuya compañía se dedicaría á coser para afuera hasta la hora en que, licenciado en la facultad, pudiera yo darla mi mano.

—Y Satura, la hija de tu tío?

—Nos aborrecíamos mutuamente. Además, mi prima era fea como ella sola, tenía un genio de mil demonios y estaba enamorada de un labriego.—En cambio mi corazón respiraba de día en día mayor afecto hácia Elvia. Aquella niña había sido mi verdadero, mi primer amor, como yo lo había sido para ella, y nuestra separación nos atormentaba horriblemente. Qué hacer? La juventud es la edad de la efervescencia de las pasiones, la edad en que se prefiere romper á deshacer el nudo gordiano, en que todo se ve de color de rosa por el prisma de la poesía, en que sólo se atiende á lo presente sin cuidarse del terrible mañana. No de otro modo con protestas y juramentos me hubiese esforzado en impeler al fango del vicio á la que era pura cual la inocencia, ni Elvia, ignorante de las cosas del mundo, hubiera accedido á mis deseos. Mas los hechos son fatales y Elvia hubo de abandonar á su amiga, á la vez que yo á mi patrona; y juntos, esposos ante Dios, nos trasladamos á un bonito cuarto tercero de la calle de las Veneras.—El resto del curso y el verano que le sucedió, Elvia y yo converimos nuestro cuarto en un verdadero paraíso.

—¿Qué excusa diste á tu tío para dejar de ir al pueblo en el verano?

—La asistencia á las clínicas. Y llegó el mes de Octubre, y comencé mi año quinto. Pero qué año! Distruido con los amores de Elvia, miré con tan poco apego los libros, que en los exámenes sufrí dos descensos en la nota; el *sobresaliente* bajó á bueno.

—¿Ocultarias al viejo millonario la noticia de la catástrofe?

—Eché la culpa de no remitirle la certificación, según había hecho en los demás cursos, á la holgazanería del oficial del Negociado, alegando, lo mismo que el año anterior, la asistencia á las clínicas como causa de mi ausencia del pueblo en las vacaciones veraniegas. Pero mi tío Pascual hubo de maliciarse algo, tanto que en los primeros días de Agosto, cuando ménos lo pensábamos, nos sorprendió con su visita. Y allí fué Troya. El padre de Satura se puso hecho un tigre; pateó, blasfemó, rompió de un puñetazo una mesa, y, agotando el diccionario de los improperios contra mí y la infame tía cuyos amorfos me habían tan lastimosamente pervertido, me dijo con el furor de un energúmeno:—Seguro usted de que mientras permanezca al lado de esa desventurada no debe acordarse de mi nombre, elija entre ella ó mi persona, entre la orgía de un instante ó el porvenir de una carrera.—No oculté á mi tío los vínculos que me unían con Elvia; pero la sinceridad de mis revelaciones acrecentó su ira. Le dije que mi prima no me amaba, que su corazón pertenecía á otro; á lo cual me contestó que era obstáculo que él se encargaba de vencer.

—De manera que te separarías de tu querida?

—Hube de separarme con el alma transida de dolor, atormentados los oídos por los ayes de la que por mí lo había sacrificado todo, su honra, su ventura, de aquella en cuyos brazos había yo soñado un eden y con cuyo amor habíame sentido capaz de conquistar un mundo.

IV.

Doña Basilisa se presentó á decir que la mesa estaba dispuesta. Sin embargo, como la historia de Elvia y Marino había interesado no poco á Tomás, rogó éste á la ilustre cocinera que les esperara unos momentos.

Marino prosiguió:

—Excuso referirte cuánto padecí aquel verano en mi pueblo. Satura me pareció más fea y antipática, consideré á mi tío como á un tirano abominable y hasta mis

padres perdieron algún tanto del antiguo cariño de su hijo. En mi alma sólo se albergaba un afecto, que mis labios traducían con un nombre, Elvia. Resuelto á todo, la escribí á la calle de las Veneras, mas no obtuve contestación; me dirigí á su amiga de la calle de los Leones, y tampoco. De qué modo explicarme tal silencio? ¿Me habría olvidado Elvia por otro? La única vez que se me ocurrió semejante idea traté de alejarla en seguida, porque instintivamente me resistí á suponer infidelidad en la mujer que tantas y tan repetidas pruebas me había dado de su cariño.—Por fin llegó el momento de mi partida y, aunque con un buen sermón por parte de mi tío y no cortas amonestaciones de mis padres, regresé á Madrid. No haría una hora que había llegado á la corte, cuando me encaminé á nuestra antigua habitación, en la cual averigüé que á los tres días de mi ausencia, Elvia se había ido á vivir con su amiga á la calle de los Leones. Pero ¡ay! allí terminaron mis descubrimientos. Las dos jóvenes habían desaparecido una semana despues del sotabanco, sin que nadie de los de la casa acertara á darme razón con quién ni adónde se habían ido.

—¿Qué hiciste entonces?

—¿Qué había de hacer? Maldecir de mi suerte, de mi prima Satura y de mi tío, y concentrar todo el fuego de mis pasiones en el estudio, único lenitivo de mis penas.—Con la puntualidad en la asistencia á las clases y la aplicación en las lecciones, bien pronto volví á conquistar mi lugar preferente en San Carlos. Encargados los profesores de dar noticia de mi conducta, diéronla con tantos elogios, que el padre de Satura me demostró su alegría por medio de dos regalos, venidos exprofeso el uno de Londres y el otro de París, consistentes en un magnífico cronómetro de Losada y una lujosa caja de disección con sus escalpelos, cuchilletes, sondas, pinzas, tijeras, sopletes, escoplos, erinas, sierras y martillos.

—Lo cual sería bastante para que te reconciliaras con tu pariente.

—Sí, me reconcilié. Perdida Elvia para mí, pues ó se había retirado con otro, de lo que dudaba, ó se había muerto, lo que me parecía más probable, sentí renacer en mi alma el amor hácia mi familia. Oh! Entonces llegué á ser lo que se llama un jóven modelo; todas mis ambiciones se cifraron con tal ahinco en el estudio, que los profesores se adelantaron á consultarme en no pocos casos. Uno te referiré, ocurrido en los primeros días de Diciembre, para demostrarte de qué modo llegué á lucir mi ciencia en el colegio.—Había dado de sí una de las clínicas el caso de una afección al corazón, tan desconocida en los anales de la terapéutica, que el cadáver fué conducido al anfiteatro para que los alumnos de quinto y sexto presenciásemos reunidos la autopsia, bajo la dirección de cuatro renombrados profesores de medicina. Llegada la hora deseada con igual goce por parte de nosotros que de los catedráticos, pues sabido es que nada place al hombre científico como arrancar un secreto á la naturaleza, maestros y discípulos rodeamos indistintamente la mesa sobre la cual yacía el cadáver. Un alumno de cada curso, acompañados respectivamente ambos de un ayudante disector, habían sido los encargados de abrirle; y cada cual se esforzó tanto por su parte, que ántes de veinte minutos, verificadas las incisiones en la piel por medio de los escalpelos, disecados los músculos y cortados los huesos necesarios, levantábase la cavidad torácica para la inspección de los órganos internos. Expuesto con latitud el diagnóstico del caso por el alumno que le había asistido, explicó aquel la causa del padecimiento misterioso. Pero como sus razones no satisficieran, ni las de catorce ó quince alumnos que espontáneamente se adelantaron á emitir las suyas, aventurada la que más en vista de ciertas coagulaciones de sangre agolpada en las arterias propias del corazón á designar el aneurisma como la enfermedad que se deseaba conocer; los profesores fijaron los ojos en mí, tenido por el único capaz de despejar la incógnita del problema. Yo, que sin saber por qué había permanecido alejado de la escena, me encaminé á la mesa de autopsia, y, confiado en no dejar defraudadas las esperanzas de mis maestros, me puse á examinar con detención al través del cristal de un microscopio el interior del cuerpo muerto. Por fin al cabo de unos cinco minutos, en medio de un silencio sepulcral, exhalaban mis labios una exclamación de triunfo: á fuerza de mirar una y otra vez había descubierto en una de las arterias coronarias una cosa no descubierta por ninguno de mis compañeros, del tamaño de un perdigon-mostacilla, de forma esferoidal y de un color verde-esmeralda. Inmediatamente eché mano del bisturí, rompí la arteria y, asiendo con las pinzas el objeto destinado á iluminar el cielo de mi inteligencia, me dirigí con él á los catedráticos. Mas de pronto clavóse mi vista en el rostro del cuerpo inerte que tenía delante, y un grito de terror hendió el espacio; el bisturí y las pinzas rodaron por el suelo; y pálido, convulso, caí sin conoci-

miento en brazos de mis condiscípulos. El cadáver, cuyo corazón acababa de despedazar, era... ¡el de Elvia!

V.

Marino se detuvo. El recuerdo de escena tan horrible le habia conmovido nuevamente.

—Cuál fué la causa de hallarse Elvia en el anfiteatro? interrogó Tomás á Golza para despertarle de su angustioso parasismo.

—Te lo explicaré en breves palabras. A los tres dias de mi ausencia, Elvia se trasladó á casa de su amiga con objeto de distraerse de la melancolía que le aquejaba, sin que por más que se esforzase pudiera desechar de sí mi recuerdo. La lectura la fastidiaba, caíasele la aguja de las manos y, al paso que sentia cada vez mayores dolores en el pecho, la palidez de su rostro se hacia más visible. Por entónces se colocó su antigua compañera de aya de unos niños en casa de unos señores muy ricos, y con permiso de estos se llevó consigo á la jóven infortunada. Pero trascurrió un mes; Elvia, víctima de una enfermedad incomprendible, cayó en cama, y como una obra de caridad fué enviada á San Carlos, donde al cabo de tres meses de indecibles padecimientos entregó su espíritu á Dios olvidada hasta de su amiga, de aquella que en más de una ocasion habíase llamado su hermana. Lo que despues aconteció es de suponer; sin un alma piadosa que pagara siquiera su entierro, Elvia pasó del lecho de muerte del hospital á la mesa de autopsia del anfiteatro.

—¿Qué fué de tu tío Pascual y de tu prima?

—Aquel mismo año, y por evitar peores males, mi prima se casó, como era de esperar, con su labriego, y mi tío, como era de esperar también, se murió á los pocos meses de coraje, legándome ocho mil duros, con los cuales y los productos de mi carrera me establecí en la corte.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedieron los acontecimientos que acabas de referirme?

—Un año.

—Antes de otro espero verte en la cofradía de San Marcos.

—Te repito que no me casaré nunca.

—Ó á lo ménos en relaciones con alguna nueva querida.

—Firme en mi juramento, te aseguro que mientras viva mi corazón será de Elvia. Si alguna vez vacilo, me basta mirar la mancha que su sangre dejó indeleble en mi bisturí para recobrar las fuerzas perdidas.

VI.

A pesar de todo, el pronóstico se ha cumplido. No hace muchas tardes que paseando Tomás por el Botánico se encontró con Marino Golza, hecho lo que se llama un diplomático.

—Mi querido Golza, dudaba de que fueses tú. Estás desconocidísimo.

—Como que me he casado.

—Con quién?

—Con una mujer á quien detesto.

—Es vieja?

—Peor todavía.

—Fea?

—Peor.

—De mal genio?

—Peor.

—Derrochadora, coqueta?

—Peor y cincuenta mil millones de veces peor.

—Soy todo oídos.

—Dando al diablo la mancha del bisturí, me he enlazado ¡admirate! con la viuda de un labriego, á la que hay que civilizar como á una hija de la Cimbebasia, con

Saturia, cuyo carácter es cada dia más impetuoso, y lo que indeciblemente me repugna, cuya boca huele que apesta, como apesta el ácido sulfhídrico, como apestan los huevos podridos. No obstante, sus ciento cincuenta mil duros me han concedido derecho para arrinconar mi baston de Galeno, habitar un lujoso principal en la calle de Hortaleza, gastar carruaje, abonarme en la Opera, comer como un jerónimo y vestir como ves, como un príncipe. Desengañate como yo me he desengañado; el rey del mundo ha sido, es y será por siempre el interes.

—Pobre Elvia! No te conmueve su recuerdo?

—Chico, hablándote con sinceridad, sólo una cosa me conmueve, el dinero. Por otra parte, aun cuando Elvia viviese y yo pudiera unirme á ella libremente, no la ele-

ga muchas imitadoras, capaces de comprender que los hombres prometemos mil para conceder cero! Porque es lo cierto que el dia en que la mujer se instruya lo bastante, siquiera hasta convencerse de que jamás debe de conceder favor alguno que no legitime el matrimonio, se evitará no pocos disgustos.

ABDON DE PAZ.

Al acaso hemos escogido, entre las muchas composiciones que forman un elegante tomo, debido á la inspirada poetisa gallega, Doña Emilia Calé y Torres de Quintero, la siguiente poesía, que por su encantadora sencillez y la exquisita ternura que revela, estamos seguros de que agrada en extremo á nuestras suscriptoras, tan amantes de lo bello y tan apasionadas, por cuanto tiende á con-

ver dulcemente su alma.

Nos proponemos publicar en lo sucesivo algunas otras composiciones de la misma autora, limitándonos por hoy á tributarla nuestros entusiastas y sinceros parabienes.

A LA FLOR DE UN DIA.

Flor entre galas nacida,
¿Por qué tu hermosa corola
Cual ántes no miro erguida?
Por qué triste y abatida
Te contemplo mística y sola?
¿Recuerdas, dí, con tristeza
Que altiva por la mañana,
Ostentabas con belleza
De tu cáliz la pureza,
Y tus hojas de oro y grana?
Ah! no extraño tu dolor
Ni que maldigas tu estrella;
Grande ha sido su rigor,
Que de nada, pobre flor,
Te ha servido nacer bella.

EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

CANTARES.

De luto visten las nubes
Que cruzan el firmamento,
Pero más negras borrascas
Se combaten en mi pecho.

¿Qué poder tienen tus ojos
Que no puedo adivinar,
Pues cuando cierro los míos
Entónces los veo más?

La concha encierra la perla,
Y la tierra los diamantes,
Y las plantas el rocío,
Y las estrellas los ángeles.

La fuente de la verdad
Tiene su raudal amargo,
Y el camino de los buenos
Está de abrojos sembrado.

—¿Qué contemplas, pobre madre,
En esa nube que cruza?
—Del hijo que yo he perdido
Veo la cabeza rubia.

La flor de oro de un aroma
Mi pobre vida guardó,
Presto llegará el invierno
Y se secará esa flor.

Verde está la yerbecilla
Que brota en el cementerio,
También hay lábios que rien
Cuando el corazón ha muerto.

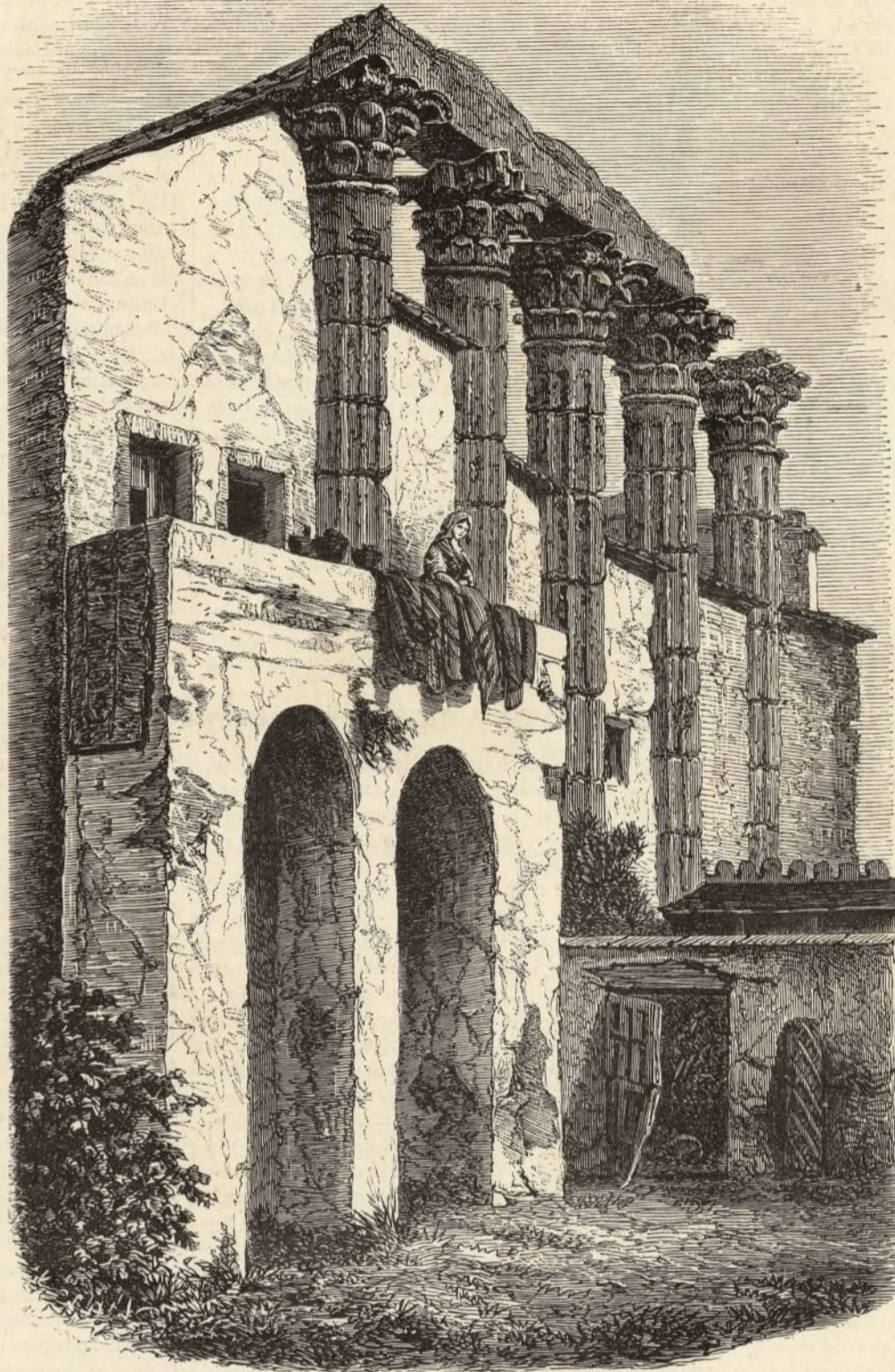
Para la oruga también
Brillan los rayos del sol,
Para los seres humildes
La Omnipotencia de Dios.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

CUENTOS DE SALON.

COLOQUIO.

—Aunque no he visto la obra que absorbe tu atención, Natalia, sospecho que lees una novela, dijo el buen Don Diego acercándose á su bella hija. Hé ahí los libros que nunca te cansan; mal elegidos, no obstante, ofrecen peligrosos inconvenientes. Si dieras más latitud á tus estudios, sabrías lo que opinaba el escritor frances Zenglet-Dufresnoy acerca de esa clase de lecturas.



EL TEMPLO DE DIANA EN MÉRIDA.

gira por esposa, como no la elegirías tú de seguro. Elvia era efectivamente muy jóven, muy bella, muy graciosa, muy apasionada, muy trabajadora, muy buena; pero, amigo mio, ¿qué confianza ha de inspirar al hombre que se precie de ver un poco más allá de sus narices la mujer que, sin necesidad de que el cura la eche las bendiciones, se rinde á los halagos del primero que se la acerca?

Tomás no supo qué responder. Despues de todo, la observacion de Marino no dejaba de ser oportuna.

VII.

Ciertas jóvenes se empeñan en olvidarse de la valía de la contestacion que la dama de honor de Margarita de Valois, la bella Catalina de Rohan, dió en ocasion en que Enrique IV de Francia le preguntaba por dónde se iba á su aposento:—Señor, sólo se va por la iglesia.

Y es lástima! Quiera Dios que Catalina de Rohan ten-



1015

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

—Yo, papá, hallo en el carácter filosófico y eclético que vá adquiriendo la novela, un testimonio de que puede servir para enseñar, moralizar é instruir, sin arrancar bostezos de fastidio como los libros pedagógicos, respondió Natalia con graciosa petulancia.

—Vamos, bachillera, dime qué libro es ese.

—El tomo primero de los *Cuentos de Salon*.

—Bah! bah! Ya estoy aburrido de oír en todas partes hablar de la propaganda que en favor de la familia levantaron Guerrero y Frontaura, escritores moralistas, que nos cierran el paso en las calles con cartelones de á vara para ofrecernos acaso novelas insulsas...

—Ah! nó, papá! Ya puede V. juzgar del mérito de los libros de esos escritores; me encuentra V. impresionada saludablemente, pues acabo de leer la última página de la novela *Una perla en el fango*, de Guerrero, y espero con impaciencia *Brígida* y las demás de la colección.

—¿Qué te ha enseñado ese libro, hija mia?

—Que los sentimientos exagerados tienden á labrar nuestra desventura, que debo ser reflexiva y prudente, si no quiero sufrir como la desdichada *Magdalena*.

—Por el nombre colijo que esa *Magdalena* es la perla en el fango.

—Sí, papá; ella es la joya que la imprudencia mancha y deslustra para siempre; que inocente á los ojos de Dios, no consigue rehabilitarse ante los hombres, porque la infelice no ha sabido evitar la acusación de las apariencias. Junto á esa lección dolorosa que nos recomienda la prevision, coloca el autor el consolador ejemplo del alma marchita y esterilizada por la desgracia, reanimándose y rejuveneciéndose bajo la mano de la naturaleza, que se esfuerza benignamente en cerrar las heridas morales lo propio que las físicas. El coronel *Ernesto de Santa-Fé* ha padecido tanto, que lleva consigo el marasmo peculiar al individuo para quien la vida ya no guarda bien alguno; hasta en el teatro lo avasallaba el pesado sueño del tédio y la fatiga; en medio del bullicio de Madrid hallábase solo con sus recuerdos, su tristeza y su desesperación.

—De semejante estado al suicidio no hay más que un paso.

—*Ernesto* era valiente, papá, y según la opinión de muchos, únicamente los cobardes se matan. Siguió aquel por lo mismo dormitando bajo la cruz de sus pesares, que le ayudaba á sostener el comandante *Quintana* (amigo ejemplar, tipo delicioso, aunque demasiado rudo y comilon para que á las damas nos interese), hasta que le sacó de su estupor la mirada dulce, pertinaz y cariñosa de una mujer bastante jóven para amar novelescamente, bastante bella para poder amar primero sin temor de ponerse en ridículo, y bastante pura para permanecer inocente como un ángel al revelar en los destellos de sus pupilas las palpitaciones ardientes de su corazón.

—No aguardaría, sin duda, otra cosa el tal *Ernesto* para arrojar su máscara y reirse como un Tenorio conquistador...

—Se equivoca V., padre mio: Teodoro Guerrero ha logrado adornar en su novela la morarilidad perfecta con la cabal verosimilitud. *Ernesto de Santa Fé*, en lugar de alegrarse al leer en los ojos de *Lidia de Montellano* el secreto de una pasión profunda, palidece, tiembla y quiere huir. Segundo Ulises, se tapa los oídos, si no con cera, á lo menos con el embozo de su capa, para no escuchar el canto

seductor de las sirenas; pues á pesar suyo, los ojos de *Lidia* le atraen, el crespon fúnebre de su hipocondría se aclara un poco, y su corazón retoña como los arbustos casi secos, sobre los cuales cae fecundo y generoso el rocío celeste. El, sin embargo, continúa huyendo de *Lidia* con una constancia que asombra al lector, cuya curiosidad consigue Teodoro Guerrero excitar vivamente. En semejante situación, ocurre en Madrid una revuelta; el fuego bélico restituye al coronel su energía, y *Lidia* queda deslumbrada divisoando en su frente varonil la aureola del heroísmo; pronto su entusiasmo se trueca en terror, porque una bala derriba á *Ernesto*, el cual, trasladado á la morada de *Montellano*, continúa al punto de la escaramuza, oye por primera vez la voz de la beldad que lo ha fascinado en el teatro con sus pupilas radiosas. *Ernesto*

que le cautiva. *Magdalena* aparece criminal por una exageración de su amor, que ocasionó una gran desgracia, pues la esposa había consentido en la Isla de Cuba en salir de noche con un calavera para ir á espiar las acciones del marido; sorprendiéndolos este, creyó culpable á aquella, á quien deshonró el escándalo y la sangre de su supuesto cómplice vertida por el militar. Repudiada entonces por *Ernesto*, que retornó á Europa llamándola adúltera, la infeliz había vivido en el dolor y la soledad hasta que incapaz de seguir soportando su martirio, atravesó los mares resuelta á recobrar su tesoro. Ay! *Ernesto*, lejos de restituírle su amor, la rechazó con frialdad y desden: en vano la jóven llora, suplica y protesta su inocencia; las apariencias la acusan de tal manera que ni convenciéndose *Ernesto* de su virtud podría mostrar limpio y sin

mancha el lazo conyugal. Por eso dice el autor sentenciosamente.

«La mujer que da lugar con su conducta á que el vulgo la señale con el dedo, hiere de muerte la felicidad doméstica y deja estampar en la frente de su marido la deshonra pública que en el mundo, en eso que por mal nombre se llama mundo, cae siempre envuelta en una carejada de desprecio.»

A pesar de todo, la compasión y las memorias del amor antiguo inclinan á ratos el alma del coronel hácia la pobre *Magdalena*; la nobleza de su carácter se manifiesta en que la desventura de la perla, á quien únicamente falta la circunspección para que jamás osara salpicarla un fango afrentoso, contiene su amor á *Lidia*. Entre la mujer que sufre y la que espera, *Ernesto* ignora por cuál decirse.

—Cualquiera en su lugar se hubiera decidido por... las dos, exclamó D. Diego disimulando su enternecimiento.

—Papá, el autor, más moral que V., hace que *Ernesto* diga á *Lidia* en un baile de máscaras: «Soy casado!» Y yo me gocé entonces en el desmayo que al oír semejante declaración asaltó á la doncella de los ojos seductores. Ah! el primer paso en falso arrastra á otro peor. *Magdalena* siempre exaltada y vehemente se envenena al siguiente día para devolver la libertad á su esposo. Verdaderamente criminal esta vez, á despecho de su generosa intención, recibe un castigo tan grande como su delito, pues el marido descubre las pruebas de su inocencia y corre á

colmarla de caricias y de amor cuando ya la muerte comenzaba á helar el corazón que palpitaba con tanta violencia. ¡Pobre perla que no supo conservar su blancura! Pobre mujer que no supo cultivar su felicidad!

—Qué fué de *Lidia*? preguntó D. Diego, fingiendo no ver que las perlas se habían trasladado del libro en cuestión á los húmedos párpados de su hija.

—Se casó con *Ernesto de Santa-Fé*, trascurridos algunos años, que la jóven reducida á la pobreza por el fallecimiento de su padre, pasó en el seno de la paciencia, la resignación y el trabajo. Teodoro Guerrero, lógico y justo hasta el fin, termina colocando en la frente de *Magdalena* la corona del martirio; en la de *Lidia*, la risueña guirnalda de los goces domésticos. Así grita á la mujer que yerra: mira tus espinas! Así dice á la que es sensata y virtuosa: mira tu recompensa!

—Tus palabras me explican, hija mia, la popularidad que en pocos días ha obtenido la novela *Una perla en el fango*; las personas sensibles y entendidas agradecerán al propagandista de los *Cuentos de Salon* el valor y el talento



JACOB LUCHANDO CON EL ANGEL. (CROQUIS ORIGINAL DE D. VICENTE LOPEZ.)

lucha aún, sueña con lo pasado y lo presente, y apoyado en su amigo *Quintana*, personaje verdaderamente típico, se dispone á emprender de nuevo la fuga. Ay! la simpatía triunfó de su voluntad, y al despedirse de *Lidia* conoce el coronel que su alma queda con ella.

—Y por qué luchaba ese majadero? ¡Por qué no se entregaba á discreción á una doncella buena, linda y afectuosa?

—El autor, padre mio, lo calla discretamente, hasta que al regresar *Ernesto* á su casa, pensando en *Lidia*, se encuentra con *Magdalena*, cuya presencia le recuerda que... ¡es casado!

—Casado! repitió D. Diego con asombro.

—Al principio, papá, el lector se irrita contra la desgraciada criatura que viene á oscurecer el cuadro platónico de los amores de *Lidia* y *Ernesto*; despues, como hay un poder irresistible en los derechos legítimos, abandona á *Lidia* por *Magdalena*, enojándose contra el marido implacable que, encadenado á la mujer que le pesa, casi le desea la muerte para caer libre y gozoso á los piés de la

con que estos libros tratan de destruir las semillas sembradas por plumas célebres contra el matrimonio. Te aseguro que deseo conocer los siguientes libros de la biblioteca de la familia, de Guerrero y Frontaura, y corro á apuntar mi nombre en la lista de suscritores.

—Puede V. estar seguro, papá, dijo Natalia con profunda convicción, de que mi descarnado relato le encantará adornado con los interesantes detalles y con las galas gracias de *Una perla en el fango*, que he suprimido para abreviarlo. Teodoro Guerrero es el amable filósofo que, como Anacreonte, corona de rosas su musa para decirnos serias verdades.

FELICIA.

EL TEMPLO DE DIANA EN MERIDA.

Octavio Augusto, el dulce padre de las Musas, el amigo de Virgilio, acababa de sujetar la última provincia que faltaba para que la Península ibérica entrase bajo el dominio de Roma, la señora del mundo.

El César quiso saludar esta era de gloria fundando una ciudad con que recompensar á sus centuriones: esta ciudad debía tener las mismas libertades que los ciudadanos de Roma, y llevar el nombre augusto del que echaba sus cimientos. Orillas del Guadiana se levantaron, pues, aquellas soberbias murallas, cuyas ruinas son todavía el pasmo de cuantos las visitan, y en donde, como en Babilonia, los jardines se alzaban sobre ellas, produciendo un conjunto delicioso.

Cuando se recorren los alrededores de Mérida, cuando se visitan sus ruinas, se comprende que sea verdad el aserto de los historiadores cuando afirman que la antigua ciudad encerraba en sus muros una población numerosísima, que tenía 80.000 infantes y 10.000 caballos de guarnición; entónces se comprende cómo en sus murallas se levantasen 3.500 torres, y cómo le sirviesen de entrada 84 puertas.

El viajero que recorre aquellos campos abrasados por un sol de verano que esteriliza la escasa corriente del Guadiana; el que ve brotar bajo el arado del campesino los trozos de columnas estriadas, los bajo-relieves que la tierra cubre como para ocultarnos su tesoro, las estatuas, las lápidas, toda una vida, toda una civilización pasada; el que vá desde el grandioso Acueducto á la Neumaquia, en donde se celebraban los combates navales, desde el Circo al magnífico Templo de Diana, cuyo grabado enaltece las páginas de este número, y desde el Anfiteatro al Arco de Trajano, su alma se llena de una dulce melancolía, su imaginación se remonta á los pasados siglos, y levantando los templos arruinados, las murallas que encerraban seis leguas de circuito, los castillos, los circos, todas las ruinas, en fin, que cubren el suelo, y haciendo salir de sus tumbas á los antiguos ciudadanos con sus togas, sus clámides y sus cuadrigas, le parece que vive en el seno de otra generación, y está rodeado de otras magníficas grandezas.

Ah! La moderna Emerita Augusta, lo mismo que Herculano, esconde en sus entrañas los restos de aquella generación que ha pasado sobre ella, y legado á los siglos, como un recuerdo, esas ruinas eternas que ni el tiempo ni la mano del hombre pudo reducir á polvo, y que guardan escritos, con caracteres indelebles, sobre el granito cubierto por el musgo, la divina epopeya de otros tiempos.

Bellas lectoras del CORREO, si deseáis entregáros á levantados pensamientos, si deseáis embriagaros con melancólicas y dulces sensaciones, visitad las ruinas de Mérida, la poderosa ciudad levantada por Augusto, la ciudad en donde tuvo su asiento la capital de la antigua Lusitania, la que ofrece, por último, un ejemplo fiel de lo efímeras que son las grandezas de la tierra.

LA CONDESA DE ARACELI.

BIBLIOGRAFIA.

POESIAS
DE
ESTANISLAO DEL CAMPO,

Precedidas de una Introducción escrita por el poeta argentino,
D. JOSE MARMOL.

No hay punto siquiera donde la vida exista, que no se proclame la supremacía del poeta; no hay punto, aún en los más salvajes y dados á la ferocidad de las costumbres incultas, que no se tenga hácia él cierto respeto, por más que algunos se empeñen en desvirtuar su noble misión sobre la tierra.

Y no es, por cierto, la *Confederación Argentina* el país ménos favorecido de sus palabras, de sus ternuras, puesto que todos los días aparecen, en tan risueño edén, poetas

tan dulces y sentimentales como Estanislao del Campo, cuyas poesías, elegantemente confeccionadas, hemos tenido la satisfacción de leer, y de las cuales dice el profundo poeta Mármol:

«En las composiciones que contiene este libro, se hallan, sin disputa, el perfume y el brillo de los sentimientos y la imaginación del verdadero poeta; y la especialidad, poco común, de haber el autor recogido de su propio corazón, de sus impresiones individuales, de sus gustos y de su carácter mismo, las bellas y distintas flores con que ha formado la guirnalda que hoy coloca en la modesta columna de la literatura moderna.»

Consta esta colección de poesías, de las siguientes composiciones:

Introducción, por el Sr. D. José Mármol, A la Pátria (Dedicatoria), Jesús, América, La Hermana del pescador, La Luz y la Sombra, Lágrimas y cantares, Tú y yo, A María (enviándole una máquina de coser), A unas lágrimas (representadas durante la representación de la *Traviata*), A Carlos Mayen, Barcarola, A tu partida (en el álbum de la Señorita E. M.), Flores del tiempo y Flores del alma, Página de mi cartera, Serenata, Plegaria, ¡Adios! (á Lucila, ántes de ir á un duelo), Ayer, hoy y despues, Mis Votos (en el álbum de la Sta. V. M.), á la Niña Laurentina Wilson (en sus primeros días), Última lágrima.

Hasta aquí, el género de las poesías del Sr. Campo es sumamente lírico y los asuntos amorosos, místicos, descriptivos y necrológicos. Figuran despues las *Composiciones festivas*, con los siguientes títulos: Monólogo de un Tronera, Cantares, Batalla de Pavon (parte del general vencido), Mi Nariz, El Album, Proyecto de decreto (el mismo asunto), Al Intendente (Portero de las Honorables Cámaras Legislativas), El y ella, Carta de «Ventosa Sargada», al Presidente Hitre, Sonetos, La Cita, Clara, El Tálamo (oriental), Amor, Honorarios, Duelos (cuenta pasada á H. F. Varela), El Sereno, Por la plata baila el mono, A otro can con ese hueso, ¡Que se lo cuente á su madre!, Asilalo, Epigramas. Entre estas poesías, las hay muy buenas, con un pronunciado relieve político contra las ideas rosistas, verdadero cáncer de la civilización platense.

Concluye el libro, con *Acentos de mi guitarra*, compuestos de: Juicios críticos sobre Fausto (parodia del autor, sobre el Fausto de Goethe), Fausto, Aniceto el Gallo (á propósito de un remitido publicado por él en el Orden), al mismo (con motivo de su viaje á Europa), El destino de una flor, Gobierno gaucha.

Las composiciones, pues, del Sr. Campo, son muchas y á distintos objetos.

Las más enérgicas y meditadas pueden considerarse las que titula: *América* y á *Jesús*; siendo de un gusto superior, por lo bien que retrata al gaucha, la parodia de *Fausto*, y la que describe la *Batalla de Pavon*.

En la composición á *Jesús*, hay dos versos de un gran fondo de filosofía cristiana, que por sí solos son un mérito á los que creen que la civilización americana es materialista. Dice oportunamente el inspirado vate:

«El fátuo brillo de la luz pagana,
Deslumbra y turba la conciencia humana.»

En vano se pretendería modelar la política democrática en la turquesa racionalista: el derecho político legal tiene que nutrirse de linfa cristiana, sin sofisticaciones de ningún género.

Dice el Sr. Campo, reconociendo la divinidad de Jesucristo:

«Sí: lo enviaste, gran Dios, mas no velado
Por los altos encajes de las nubes,
Ni en trono de oro y de zafir sentado,
Ni entre alados y cándidos querubes:
Tú le hiciste nacer, Dios soberano,
Bajo el techo de un mísero artesano.»

El resto de esta composición es uno de los más bellos cantos que registra el Parnaso americano en el género místico.

La poesía denominada: *A América*, de la que dice Mármol:

«América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad»,
es de un mérito patriótico de primer orden; pero en sus apreciaciones sobre España, podría ser contestada por el magnífico discurso del Sr. Sarmiento, Presidente de la República Argentina, al inaugurarse la *Exposición de Córdoba*.

Bella es la composición, cuando dice:

«Como líquidos rizos, de su frente
Y por sus hombros caen á su falda,
Anchos rios que corren mansamente,
Por sábanas inmensas de esmeralda,
Llevando en su raudal claro y sonoro,
Piedras preciosas entre arenas de oro.»

Pero no deja de apostrofar duramente á la madre pátria, con la siguiente estrofa:

«
No sospechas que, crüeles,
Débil servidumbre al carro,
De Cortés y de Pizarro,
Las coyundas le atarán.»

Es defecto de los escritores americanos, que no han estudiado bien la historia de la conquista de América, desfigurar los hechos de esta heroica jornada. No negamos que hubo abusos por parte de algunos caudillos de ella; pero su conjunto es una verdadera epopeya, que pertenece á los anales gloriosos de la civilización cristiana.

La Hermana del pescador es una composición tiernísima, muy bien desenvuelta y mejor versificada. Hablando de ella, dice muy delicadamente:

«Ella es hermosa, brillante,
Su hermosísimo cabello,
Negro, flexible, ondeante,
Cae en raudal abundante,
Sobre el bien torneado cuello.»

El final de esa leyenda es muy triste, quizás fatalista; y, con este motivo, permítasenos reparar, que el lirismo americano sigue la escuela escéptica, por más que en las descripciones sea brillante. Débese esta falta á que estudian mucho los poetas del Nuevo Mundo á Byron, Espronceda, Hugo y otros, cuya filosofía no es muchas veces la más acertada. *Lágrimas* y *Cantares* es una poesía de gran mérito: es una defensa sencilla, pero entusiasta, del poeta. Termina diciendo:

«Así un poeta cantó:
¡Cantaría una mentira?
Nó, yo ví que por su lira
Una lágrima rodó.»

La composición dedicada á Mayer, es digna de figurar al lado de las más sentidas elegías. Está rebosando dolor, y sentimiento el más levantado, contra los bárbaros asesinos de la Rioja.

Dirigiéndose al desgraciado mártir de la libertad argentina, rompe su canto necrológico con estos tiernos versos:

«¡Los dardos de la pátria te entonen sus loores!
¡Las vírgenes derramen sobre tu losa flores,
En que las perlas brillen, que viertan al llorar!...
No puedo yo, como ellos, alzarte un digno canto;
No puedo yo, como ellos, de flores y de llanto,
Del mártir de la Rioja la lápida regar.»

Termina esta notable composición, con el siguiente noble deseo.

«Retumbe desde el Plata hasta los más lejanos
Confines de la pátria, hasta los mismos llanos,
Cuyo verdor tu sangre preciosa enrojeció,
La maldición que lanzan los pechos argentinos,
Sobre esa tumba alevé de frios asesinos,
Que ni en el héroe al niño siquiera respetó.»

La memoria de Mayer queda así bien llorada; y si á los versos precedentes, añadiésemos algunos de Florencio Varela y Estéban Echevarría, de seguro el mártir aparecería á nuestros ojos mucho más sublimado.

La composición titulada: *Fausto*, ha sido juzgada favorablemente por los notables escritores platenses, Juan Carlos Gomez, Ricardo Gutierrez y Carlos Guido y Spano, los tres muy lisonjeramente conocidos en la Europa misma.

Fausto es un verdadero poema, que al revelar las impresiones de un gaucha, al ver la representación de la obra maestra de Goethe, el Júpiter olímpico de la literatura germánica, analiza toda esta obra pasando de lo severo á lo gracioso, de lo sublime á lo trivial, con una pasmosa fecundidad y notable acierto. *Fausto*, pues, retratado por Campo, es una obra aparte, original, digna de ser conocida en todo el mundo literario.

Comienza esta curiosa obra, con las siguientes octavillas:

«En un obero rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caía al bajo, al troceto,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao,
De apelativo *Laguna*:
Mozo ginetaso: ¡Ahij una!
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.»

Describe luego minuciosamente todos los detalles del *Fausto*, viéndose el gaucha como si estuviera delante, hasta que dice:

«Cayó el lienzo finalmente
Y ahí tiene el cuento conta...
—Prieste el pañuelo, cuñao:
Me está sudando la frente.»

Es muy chispeante de ingenio también, la que dirige á *Aniceto el Gallo* (seudónimo de Ascasubi), firmándose él, *Anastasio el Pollo*. Esta poesía, á la vez que festiva, es epigramática, y la sal ática rebosa por todos sus poros. Pertenece á un género nuevo, creado por Ascasubi, y que le valió gran fama entre los buenos poetas americanos.

Bien quisiéramos detenernos más en la descripción del precioso libro del Sr. Campo, que la amabilidad de la bella señorita porteña, Josefina Brabo, hizo llegar á nuestras manos. Pero no desempeñaríamos acaso bien con él la tarea de críticos; y así es que el Sr. Campo podría pedirnos cuenta de tamaño atrevimiento, después que el gran poeta Mármol lo juzgó con todo acierto. Conformes con que el Sr. Campo ha quemado el aroma de su extro en los altares de la galantería y el amor, séanos permitido añadir á esta reseña de su obra, los versos suyos, citados por Mármol:

«¡Qué bella noche de estío!
¡Qué bien la luna retrata
Su disco hermoso de plata,
Sobre la plata del río!

.....
Sobre tu espalda y tu cuello
Vá, espléndida y derramada,
La caudalosa cascada,
De tu joyante cabello.»

Séanos permitido añadir también, para satisfacción del Sr. Campo, que si bien nuestra época es esencialmente *positivista*, la poesía por eso no deja de ser bendecida. Si la humanidad se uniese á ella con fé de mártir, la humanidad conocería pronto lo diferente que es vivir por el amor y la inteligencia, que por los goces groseros y el torpe egoísmo.

Hoy no puede ser nada, ni aun una cápsula, un cartílago disecado, una leve arista, el que está escaso de monedas, para poderse presentar deslumbrante de lujo, por más que su oro proceda de acciones criminales. Y esta filosofía va tomando tal carta de naturaleza, que ya se deja por ocioso el *rezo* y la *oración* silenciosa, adoptándose el *can-can* como indispensable entretenimiento, sin rubor y temor; y, si bien las clases más pulcras lo aceptan *in partibus*, lleva trazas de ser una de sus favoritas deidades.

Cante, pues, el poeta argentino, contra el materialismo de los goces y la burocracia vergonzante, por más que sea muy cierto lo que muy bien dice en la preciosa barcarola de su tomo de poesías:

«La vida humana es un lago,
En que el hombre es gondolero,
Sin más norte y derrotero
Que el que su hado le marcó:
El verde esqui que guía,
En borrascas ó en bonanza,
Es la ambición, la esperanza,
Que en su pecho germinó.»

Reciba el inspirado poeta argentino nuestra más cumplida enhorabuena, y no se niegue jamás del porvenir de la poesía, porque es indudable que

Es la esperanza dichosa
El mayor bien que se alcanza:
Mano de Dios misteriosa,
Que nos guía en la bonanza.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid, Enero de 1872.



LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

(Continuacion.)

En breve llegué al camino real... Entónces sí que me vi aislado en el mundo. El más hondo abatimiento reemplazó á las punzantes y ménos amargas emociones del dolor... Despojado de mi halagüeña esperanza, dirigíame á un mundo extraño y odioso para mí. A una ciudad, en mi concepto, alegre, populosa y rica. Y tal era el estado de mi corazón, que mil veces hubiera preferido encaminarme al más árido yermo. No sentía el menor apego á la vida. Tras de mí habíase cerrado el camino; el que de-

lante se me abría, parecíame largo y espinoso... En torno mio, hasta los objetos inanimados irritaban mi dolor. Corría, corría deshecho de que me distrajera la vista de otros objetos no tan familiares.

Evitaba el encuentro de las personas, desviábame de los caseríos, y todo por no tener que hablar con los habitantes... Al pasar por el soto, ví la jaquita del sacristán pidiendo la yerba.

La vista de aquel manso animal, que tantas veces había llevado á Luisa sobre sus lomos, la del cielo arrebolado por la luz del sol poniente... y el fresco remusguillo de la tarde, reanimaron mis amortiguadas impresiones. Vagas reminiscencias colmaron el vacío que dentro del alma sentía. Agolpáronse á mi mente los recuerdos, traje á la memoria mis largas meditaciones á orillas del lago... la conversacion tenida con el señor cura, el encuentro inesperado del sacristán, la carta de su hija, sobre todo el renglon en que decía: «Cárlos, huía de tí porque te amaba.» El recuerdo de tan preciosas líneas me hizo feliz... ¡Luisa me ama!... Luisa me ama! repetía sin advertir que cada uno de mis pasos me alejaba un poco más de la mujer con quien había, digámoslo así, pasado mi vida.

Andando, andando, llegué á la cumbre de un montecillo, y ántes de bajar la cuesta, me detuve para contemplar el valle que tras de mí dejaba.... El sol, próximo al ocaso, teñía las copas de los árboles con dorados reflejos, mientras que azuladas sombras iban extendiéndose por el llano que me separaba del hogar querido.

El soplo de la tarde reanimaba los tallos, y enderezábanse las hojas y las flores, los insectos dormían, algunos pájaros nocturnos revolaban en el espacio y casi á flor de tierra. Oíanse á lo léjos cantares rústicos y acompañados por el sonsonete de las campanillas y cascabeles, ó el chirrido de las carretas. Este concierto anunciaba la suspensión de los trabajos del día, era el preludio del magistoso silencio de la noche, la luz iba gradualmente disminuyendo, y los nacarados matices de la campiña velándose con las pálidas sombras de crepúsculo.

Este cuadro conmovía profundamente las fibras de mi corazón. Habíame sentado en un poyo á la vera del camino. Pronto á dejar el país, sentía más que nunca el poderoso atractivo que nos une á los lugares frecuentados en la niñez... cada objeto me recordaba un incidente de mi vida... la campana, convidando con su toque á la oración, acabó de conmovirme, de modo que mi amargura se trocó en una tierna y vaga melancolía.

Permanecí buen rato distraído... la campana dió las ocho, y esto me hizo volar imaginariamente al lado de las personas queridas.... Las ocho, en aquella estación, era la hora en que nos reuníamos á tomar el fresco en la azotea.... Pasábamos el tiempo entretenidos en agradables conversaciones, que sabía el señor abad ennoblecer con sus elevadas ideas, con su religiosa instrucción, valiéndose para ello de palabras sencillas, comprensibles para todos... Exhortábanos á contemplar el cielo estrellado, ese cielo cuya inmensidad está diciéndonos que hay un Dios infinitamente sábio y Todopoderoso.

Oh! Qué deliciosamente corrían las horas aquellas!, sobre todo después que un sentimiento, nuevo para mí, había engrandecido mi corazón. Este sabía encontrar, por vías misteriosas, el medio de unir la imagen del Criador con la de la mujer amada, que á mis ojos era tan pura como los ángeles del cielo.

En aquellas horas, merced á las sombras de la noche, que velaban la expresión de los semblantes, desaparecía la cortedad... Si Luisa ocupaba un asiento al lado mio, la oscuridad ocultaba el matiz de la vergüenza y la sonrisa del placer... Atrévíame á rozar los pliegues de su vestido, y esto me parecía el *non plus ultra* de la felicidad.

El ruido de un carro que se acercaba dió al traste con mi ensueño, y considerando que avanzaban las horas, volví á emprender la caminata. Cuando al poco trecho volví la cabeza, ya no ví la torre amiga. Esto aumentó mi tristeza... Pasó el carro, perdíle á poco de vista, cerró la noche, y todo fué sombras dentro y fuera de mí.

Moralmente fatigado, caí sobre la yerba, y con voz dolorida exclamé: Luisa! Luisa!.. Si nos habían de separar tan cruelmente, mejor hubiera sido no conocernos... ¡Ah, señor cura! señor cura! y á todo esto cruzaban por mi mente los proyectos más descabellados é irrealizables.

Todo era calma y silencio en torno mio... sólo se percibía confusamente, y á lo léjos, el ruido de la presa del molino; por junto habría caminado unos tres cuartos de legua, otros tres me faltaban para llegar á la villa. El señor á quien iba recomendado no me aguardaba en día fijo, era de presumir que llegando al pueblo á las once de la noche, todos los de la casa estarían acostados... hacerlos levantar, y que me hicieran ellos mil preguntas, no entraba en mis planes; por no hablar hubiera preferido seguir á pié las quince leguas que me faltaban para llegar á Oviedo.

Aguardaré á que amanezca, me dije á mí propio; la diligencia no sale hasta cerca del medio día, tiempo me queda para fastidiarme.... A bien que las noches del estío son cortas y se pasan al fresco sin peligro.

Diciendo así busqué un árbol que me atechara, y halléle tras de mí á dos ó tres pasos; pero al darlos, sentí una fuerza de atracción irresistible. Anduve, anduve, y por más que la conciencia me gritaba: «vuelve atrás,» seguía, seguía caminando, y sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, me hallé bajo mi sáuce favorito... ¡A qué vengo aquí? preguntéme alarmado y afligido por mi desobediencia y aislamiento... No soy ya un extraño! ¿Un prófugo en estos sitios? ¿No es una rebeldía el volver á pisar la tierra de donde me han arrojado?

Preparábame á dejarla nuevamente, cuando al través de los tilos brilló una luz que salió del cuarto de Luisa... la tentación era más fuerte que mi conciencia... Quedito, quedito, me acerqué hasta el parque, acógueme á la sombra de los tilos, y vi la de mi amada proyectarse en el muro de su dormitorio, cuya ventana permanecía entreabierta. El sentimiento de su presencia volvióme á la vida. Todo á mis ojos mudó de aspecto.

Luisa estaba junto á una mesa colocada debajo de la ventana, de modo que podía ver su rostro; la luz daba de lleno en él. Nunca me había parecido tan hermoso, nunca tan afligido... su tristeza me consolaba, el amor es egoísta... ¿Qué amante no desea que su amada vierta lágrimas por él?

Luisa estaba escribiendo y llorando. Era el escrito para mí. Este pensamiento me hizo feliz en medio de mi pena....

La pudorosa jóven, bien agena de sospechar que la espiaban, quitóse la pañoleta que castamente cubría sus hombros, quitóse las horquillas y el peine que prendía sus abundantes cabellos, y dos trenzas lujosas cayeron sobre sus espaldas... Nunca se había presentado ante mí tan deliciosamente descuidada... Mi corazón latía de un modo extraño... Temí ofenderla con el pensamiento, aparté la vista y escondíme avergonzado tras los tilos.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1016.

FIG. 1.^a—Sombrero de raso y failli de dos tonos malva.—La forma, rodeada de una ruche, se adorna á un lado con un lazo de largas caídas que sujeta un ramillete, compuesto de dos plumas rizadas y dos plumas lisas, de ámbos tonos, que se elevan por encima de la copa. Las bridas van cosidas debajo del lazo, y se anudan á un costado.

FIG. 2.^a—Sombrero de raso azul bullonado.—La parte de delante forma tres órdenes de bullones sobrepuestos, y encima una ruche de encaje blanco; un lazo puesto de costado sujeta dos plumas rizadas, la una azul, la otra color de naranja.

Las caídas del lazo y una echarpe de encaje descienden sobre la moña. Largas bridas de raso azul, que se anudan debajo de la barba, completan este lindo sombrero.

FIG. 3.^a—Sombrero de terciopelo negro, de alas levantadas, que se adorna con tres pliegues del mismo terciopelo.—La forma vá rodeada de un retorcido de terciopelo negro y color de fuego, que sujeta una pluma color fuego y una ala de perdiz. Una echarpe de encaje, sujeta con un lazo, sujeta asimismo las bridas adornadas con un lazo de terciopelo.

FIG. 4.^a—Sombrero de raso gris, adornado con un biés de terciopelo negro.—Un lazo que guarnece la parte de delante y una larga pluma gris, puesta de costado, lo mismo que una echarpe de encaje flotante, caen sobre la forma. Las bridas, de terciopelo negro, se anudan por delante.

FIG. 5.^a—Prendido para baile, de raso blanco y rosa.—El delantero lo constituye un *bandó*, que se coloca sobre los bucles del peinado, adornándole en el costado derecho con una rosa y un lazo que forma sprit, y en el izquierdo con una rosa y un lazo cuyas caídas se mezclan con los rizos del cabello.

FIG. 6.^a—Peinado elegante realzado con un lazo de encaje negro.—Este lazo, bastante ancho, se coloca por encima de los bucles, prendiéndolo con alfileres, más ó ménos ricos. Las caídas del lazo descienden sobre las trenzas levantadas y entre los largos tirabuzones que bajan sobre la espalda.

FIG. 7.^a—Prendido para baile ó teatro.—Consiste en una guirnalda de hojas amarillas, con hojas y botones que forman caída, y otras dos caídas de terciopelo negro, orilladas con una franja de oro.



VARIEDADES

Hemos recibido con sumo placer Las Poesías póstumas del malogrado poeta vitoriano D. Obdulio de Perea, precedidas por una bien escrita biografía, debida á la pluma del aventajado escritor D. Daniel Ramon de Arrese.

Estas poesías, de indisputable mérito, han sido publicadas á costa de los numerosos y leales amigos del autor, y esto honra tanto al poeta, que ha sabido dejar en pos de sí tan poderosas simpatías, como á los nobles hijos de Vitoria, que saben enaltecer de tal modo á sus ilustrados conciudadanos.

C. R.—Sevilla.—La he escrito á V. una segunda y larga carta. Vea V. en qué consiste el no recibir ninguna de las que le dirijo.

La Sensitiva.—Córdoba.—Hay un proverbio que dice: «casarse es bueno; pero es mejor no casarse.» Yo pienso todo lo contrario: el matrimonio es el estado natural de la mujer, y el único en el cual puede desarrollar sus grandes facultades morales y prestar á la sociedad verdaderos é incalculables beneficios.

J. O.—Pamplona.—Perdone V. si no contesto por medio del periódico, como V. indica. Ya hemos dicho varias veces que sólo contestamos por este medio á aquellas preguntas que encierran un interes para todas las suscriptoras.

J. N.—Las plumas son como los encajes, que se aprovechan siempre; las que esten en buen uso hágalas V. teñir de color, las que no lo estén, de negro.

J. R.—Tarragona.—El terciopelo negro que empieza á po-

daño, D. Benjamin Rodriguez, D. Alfonso Sierra, D. Antonio Martinez Ibañez, y el aventajado niño de 10 años que acertó tambien el anterior geroglífico, D. Luis Cortés y Suaña.

CAFE.

AGUA NACARADA ORTELLS.

Específico superior á todos los conocidos hasta el dia por sus buenos resultados, siendo una prueba de ello la gran aceptación que tiene en todas las provincias de España, pues á la par de no sér ofensivo á la salud, hace desaparecer los granos, pecas y manchas del rostro, hermoseando el mismo, dándole una blancura diáfana.

Precio, 8 y 16 reales frasco.

Pedidos: cajas de media docena en adelante, remitiendo el importe adelantado en letras de fácil cobro, ó sellos de franqueo, á D. Juan Ortells, Montera, 21, principal.—Madrid.

NOTA. Se remiten gratis prospectos é instrucciones á las personas que lo soliciten.



SOMETIDOS Á LA VIGILANCIA MATERNAL.



TOLERANCIA COMPLETA.

Nosotros les damos un parabien por su digna empresa, deseando verla coronada con un éxito brillante.

**

Recomendamos vivamente á nuestras entendidas suscriptoras, el nuevo establecimiento que acaba de abrirse en la calle de Fuencarral, núms. 19 y 21, entresuelo, derecha, titulado: La Elegancia, que justifica completamente su título. En él se confecciona toda clase de prendas de ropa blanca, para señoras, caballeros y niños; se hacen equipos para novia, y se sirven los encargos con la mayor prontitud posible.

Hemos visitado este establecimiento, quedando sumamente complacidos, tanto por el buen gusto y el esmero con que están hechas todas las prendas, como por lo económico de sus precios, y no dudamos en augurar á sus laboriosas directoras, que dentro de poco su casa será la más frecuentada por la buena sociedad madrileña.

CORRESPONDENCIA.

L. D.—Valladolid.—El talento es como el oro, que se aquilata con el uso.

S. T.—Barcelona.—Las camisas de señora se bordan sobre la misma tela. Se pone una ligera guirnalda alrededor del escote, que termina con una jareta, y entre la guirnalda y la jareta las iniciales en el medio de la parte de delante.

nerse rojo, se puede mandar teñir otra vez de negro y queda como nuevo. En cuanto á la piel de zorra dorada no tiene remedio; si fuese blanca sería otra cosa.

N. C.—San Sebastian.—He aquí una excelente receta para impedir la caída del cabello. Haga V. hervir agua llovida, que es la mejor, en la cantidad que pueda contener una botella mediana, con trocitos de boj verde, durante más de una hora. Se cuele despues con un colador muy limpio, se pesa, y se añade igual cantidad de vino rancio, 62 gramos de bálsamo del Perú y 31 gramos de tintura de quinina. Se mezcla todo en un mortero y luego se pone el líquido en botellas, cuidando de que estén herméticamente tapadas. Por mañana y tarde se toma una cucharada de este líquido, y se frota con él, no los cabellos, sino el sitio de la cabeza que empieza á despoblarse.

Por un error involuntario digimos que el enigma inserto en el anterior número literario constaba de siete sílabas; siendo así que consta solamente de seis, correspondientes á sus seis estrofas.

Por lo tanto nos abstenemos por hoy de publicar las soluciones que hemos recibido partiendo de un principio falso.

Soluciones á la charada del anterior número literario, por D.ª Gertrudis Abes, D.ª Rosa Limeño, Doña Nicanora Gonzalez, D.ª Victorina Santamaría, D.ª Dolores Carpio, D.ª Ramona Lisboa, y los Sres. D. Tomás Aven-

GEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número literario.

Acompaña á este número el figurin correspondiente á ambas ediciones.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.